

general muy cortés con la experiencia religiosa en cuanto tal y la abundancia de ese lenguaje en el NT no ha sido objeto del afán investigador y profundidad que se merece (el autor observa que han sido con frecuencia centros de investigación dedicados al estudio del fenómeno religioso los que, por las razones que sean, se llevan la palma en despreciar la experiencia religiosa en cuanto tal). Una solución sería el estudio fenomenológico de esa dimensión fundamental.

Los paradigmas «científicos» utilizados, sea el método histórico o el de historia de las religiones (*religionsgeschichtliche Schule*) han caído en prejuicios de uno u otro signo por miedo a incurrir, a su vez, en el prejuicio teológico. Johnson, por ejemplo, critica con vigor la postura de Jonathan Z. Smith, mostrando en páginas de gran interés que la más extraordinaria erudición puede hacer que se pierda lo que es propio de los primeros cristianos: sus mismas experiencias religiosas. Por otra parte Johnson conoce los obstáculos que existen en este tipo de análisis: su «invisibilidad» (¿cómo hacer una verificación de ellas?), la facilidad de «falsearlas» en simple decepción o en conducta fraudulenta, y la imposibilidad de que el estudioso permanezca «neutro» ante ellas.

Siguiendo a Joachim Wach, Johnson define «experiencia religiosa» como «una respuesta a algo que es percibido como último y primario, que implica a toda la persona, caracterizado por una intensidad peculiar, y que procede a la acción». Tres de estas experiencias de los primeros siglos cristianos reciben atención, como botón de muestra, en el resto del libro: los rituales de iniciación y la idea de perfección, el fenómeno de la glosolalia, y las «comidas cristianas».

cubrir en el aspecto específicamente religioso de los primeros cristianos.

Con su invitación a una aproximación fenomenológica, el conocido autor no propugna otro «método» más sino «una nueva manera de ver» que se muestra respetuosa, desde el inicio, con el lenguaje religioso como expresión de una respuesta a algo *real* y que merece ser estudiado con todo rigor. En su crítica de la obra de Jonathan Z. Smith, el Prof. Johnson, pone en evidencia el rigor de su empresa defendiendo lo religioso en toda su imperiosa y brillante realidad. A veces uno tiene la impresión de que ese campo de estudio ha sido privado de aquel sentido real (*reality*) que era para John Henry Newman característica esencial de lo religioso. El título original de las conferencias en Princeton era «el poder de la resurrección» y Timothy Johnson concluye este pequeño libro afirmando que «toda investigación no fundada en este hecho sino más bien en su negación puede que sea un estudio de una cosa u otra en la antigüedad, pero con toda seguridad no es un estudio de la primera cristiandad».

Álvaro de Silva

Frank J. MATERA, *New Testament Christology*, Westminster John Knox Press, Louisville, Kentucky 1999, 307 pp., 15 x 23, ISBN 0664256945.

Tanto la más reciente investigación sobre el Jesús histórico como los estudios cristológicos sistemáticos, han hecho necesario un libro como éste que ordena y resume las cristologías ya presentes en el Nuevo Testamento, es decir, sigue paso a paso, libro por libro, la reflexión teológica de aquellos cre-

yentes que estuvieron más cerca del Jesús terreno que nadie en la historia del cristianismo. Lo que distingue este libro, además de la claridad con la que está escrito, es la atención que presta a la *narrativa* literaria del Nuevo Testamento. El autor mantiene que un proyecto cristológico debe consistir tanto en el estudio literario de las fuentes como en el estudio histórico de las mismas.

Frank Matera, profesor de Nuevo Testamento en la Universidad Católica de Washington, D. C., hace plena justicia tanto a la diversidad de cuadros de Jesucristo que ofrecen los libros del Nuevo Testamento como a su unidad cristológica. Quizá no sea fácil complementar algunas cristologías neotestamentarias y puede haber tensión entre un libro y otro, pero no hay contradicción. La variedad de retratos de Jesús, por así decir, acaban en una rica expresión del misterio sublime del Verbo hecho hombre. Esta profunda unidad se resume en (1) la afirmación de Jesús como verdadero Mesías, (2) a partir de esta premisa, su significado para Israel y para las naciones, (3) su relación con la Iglesia y el mundo, (4) lo que supone para la condición humana, y (5) su relación con Dios. Por supuesto, el cuarto Evangelio, con su declaración frontal y abanderada de la preexistencia del Hijo de Dios, la Palabra del Padre hecha carne, representa la coronación de la cristología del Nuevo Testamento. Lo que otros documentos insinúan, este evangelio lo afirma explícitamente.

La exposición hace brillar la riqueza cristológica de todos y cada uno de estos libros. «El genio del canon del Nuevo Testamento», concluye el autor, «es su habilidad para mantener la diversidad y la unidad del Nuevo Testamento en una tensión creadora que requiere de cada generación corregir y

profundizar su comprensión de Cristo. Si fuéramos capaces de comprender a Cristo sin más, de un golpe, de una vez por todas, apenas valdría la pena creer en tal salvador. El que ningún escrito por sí solo pueda comprender la totalidad de su persona testimonia el misterio de su ser sobre el que debemos reflexionar una y otra vez».

Álvaro de Silva

Pierre NAUTIN, *L'Évangile retrouvé. Jésus et l'Évangile primitif*, Beauchesne, París 1998, 288 pp., 15,5 x 24, ISBN 2-7010-1376-3.

Pierre Nautin murió, como es sabido, en febrero de 1997. El conocido estudioso de la Antigüedad cristiana y editor de textos patrísticos no tuvo tiempo de acabar este libro, que vio la luz un año después de su muerte, editado por Jeanne Nautin con la ayuda de amigos y colegas de Pierre. Maurice Combre, Gilles Dorival, Monique Alexandre y otros han leído el manuscrito y han propuesto sus sugerencias y correcciones.

La intención de Nautin era la de ofrecer al gran público un libro en el que mostrase el origen de los evangelios. Su finalidad era la de establecer el núcleo primitivo de los Evangelios sinópticos a partir de su método histórico y literario. El lector se encuentra, pues, ante una obra en torno a la cuestión tan compleja del origen literario de los evangelios, realizada por un autor de larga experiencia en el estudio de los tres primeros siglos cristianos y en la edición de textos patrísticos. Es un libro inacabado, en el que seguramente P. Nautin habría matizado afirmaciones y añadido valiosas precisiones. Aquí quizás radique uno de sus encantos. Su lectura nos acerca al